

LAURA MÉNDEZ DE CUENCA.

NIEBLAS.

En el alma la queja comprimida,
Y henchidos corazón y pensamiento
Del congojoso tedio de la vida,

Así te espero, humano sufrimiento.
¡Ay! ni cedes, ni menguas, ni te paras:
¡Alerta siempre y sin cesar hambriento!

Pues ni en flaqueza femenil reparas.
No vaciles, que altiva y arrogante
Despreciaré los golpes que preparas.

Yo firme y tú tenaz, sigue adelante;
No temas, nó, que el suplicante lloro
Surcos de fuego deje en mi semblante.

Ni gracia pido, ni piedad imploro:
Ahogo á solas del dolor los gritos,
Como á solas mis lágrimas devoro.

Sé que de la pasión los apetitos
Al espíritu austero y sosegado
Conturban con anhelos infinitos.

Que nada es la razón, si á nuestro lado
Surge con insistencia incontrastable
La tentadora imagen del pecado.

Nada es la voluntad inquebrantable,
 Pues se aprisiona la grandeza humana
 Entre carne corrupta y deleznable.

Por imposible perfección se afana
 El hombre iluso: y de bregar cansado,
 Al borde del abismo se amilana.

Deja su fe en las ruinas del pasado;
 Y por la duda el corazón herido,
 Busca la puerta del sepulcro ansiado;

Mas antes de caer en el olvido,
 Va apurando la hiel de un dolor nuevo
 Sin probar un placer desconocido.

Como brota del árbol el renuevo
 En las tibias mañanas tropicales
 Al dulce beso del amante Febo,

Así las esperanzas, á raudales
 Germinan en el alma soñadora
 Al llegar de la vida á los umbrales:

Viene la juventud como la aurora,
 Con su cortejo de galanas flores
 Que el viento mece y que la luz colora;

Y cual turba de pájaros cantores,
 Los sueños, en confusa algarabía
 Despliegan su plumaje de colores.

En concurso la suelta fantasía
 Con el inquieto afán de lo ignorado,
 Forja el amor que el ánimo extasía.

Ya se asoma, ya llega, ya ha pasado;
 Ya consumió las castas inocencias;
 Ya evaporó el perfume delicado;

Ya ni se inquieta el alma por ausencias,
Ni en los labios enjutos y ateridos
Palpitan amorosas confianzas;

Ya no se agita el pecho por latidos
Del corazón, y al organismo activa
La congoja febril de los sentidos.

¡Oh ilusión! mariposa fugitiva
Que surges á la luz de una mirada
Más cariñosa cuanto más furtiva:

Pronto tiendes el vuelo á la ignorada
Región en que el espíritu confuso
El vértigo presente de la nada.

Siempre el misterio á la razón se opuso;
El audaz pensamiento el freno tasca
Y exánime sucumbe el hombre iluso.

Por fin, del mundo en la áspera borrasca
Sólo quedan del árbol de la vida
Agrio tronco y escuálida hojarasca.

Voluble amor, desecha la guarida
En que arrullo promesas de ternura,
Y busca en otro corazón cabida.

¿Qué deja al hombre al fin? tedio, amargura,
Recuerdos de una sombra pasajera,
Quién sabe si de pena ó de ventura.

Tal vez necesidad de una quimera;
Tal vez necesidad de una esperanza,
Del dulce alivio de una fe cualquiera.

Mientras tanto en incierta lontananza
El indeciso término del viaje
¡Ay! la razón á comprender no alcanza.

¿Y esto es vivir?..... En el revuelto oleaje
Del mundo, ya no sé ni en lo que creo:
Ven, oh dolor, mi espíritu salvaje
Te espera como al buitre Prometeo.

ADIOS.

Adios: es necesario que deje yo tu nido;
Las aves de tu huerto, tus rosas en botón.
Adios: es necesario que el viento del olvido
Arrastre entre sus alas el lúgubre gemido
Que lanza, al separarse, mi pobre corazón.

Ya ves tú que es preciso; ya ves tú que la suerte
Separa nuestras almas con fúnebre capuz:
Ya ves que es infinita la pena de no verte;
Vivir siempre llorando la angustia de perderte,
Con la alma enamorada delante de una cruz.

Después de tantas dichas y plácido embeleso,
Es fuerza que me aleje de tu bendito hogar.
Tú sabes cuánto sufro y que al pensar en eso
Mi corazón se rompe de amor en el exceso,
Y en mi dolor supremo no puedo ni llorar.

¡Y yo que ví en mis sueños al ángel del destino
Mostrándome una estrella de amor en el zafir;
Volviendo todas blancas las sombras de mi sino;
De nardos y violetas regando mi camino,
Y abriendo á mi existencia la luz del porvenir!

Soñaba que en tus brazos, de dicha estremecida,
Mis labios recogían tus lágrimas de amor;
Que tuya era mi alma, que tuya era mi vida,
Dulcísimo imposible tu eterna despedida,
Quimérico fantasma la sombra del dolor.